

¡Todas las *almas*! ¡Y porqué no? ¡Porqué ha de excluirse una sola alma de la universal comunión de las almas? ¡No hay una misma paternidad para todos, un mismo progreso para todos, una misma salvación para todos, un mismo destino, un mismo cielo, una misma eternidad, un mismo infinito para todos? Entonces, ¡porqué ha de haber excluidos, desheredados, excomulgados de la comunión fraternal en Dios? ¡Porqué ha de haber castas, divisiones, fronteras? ¡Dejad, dejad entrar á todas las almas al reino de las almas!

Todos los *espacios*; sí, ¡y porqué no? ¡Porqué la religión que nos conduce al cielo por el camino ascendente de nuestros eternos destinos, habría de tomar en cuenta fronteras que dividen el lugar del lugar, el espacio del espacio, los continentes de los continentes, los océanos de los océanos? ¡Qué importan á la religión que busca la universal comunión de las almas, las montañas, los valles, los ríos, los mares, los abismos de todas especies que dividea en la superficie de nuestro planeta el imperio del espacio? ¡Ah! La religión es como la oración, es la oración misma; es como la adoración, es la adoración misma. Ahora bien, la oración y la adoración se elevan de las riberas de todos los ríos y de todos los mares, de la cima de todas las montañas y del fondo de todos los valles. Ellas suben de todas las longitudes, suben llevadas por el mismo soplo para ir á abrazarse como hermanas en el seno de una misma paternidad.

Todas las almas, todos los espacios: es poco decir, preciso es añadir también, todos los *siglos*. Sí, porque tanto como el espacio, el tiempo todo entero pertenece á la religión; ella toca con una mano todas las profundidades de lo pasado, con la otra todas las profundidades del porvenir; y apoyada en el presente, señora de todos los tiempos, nos arrebatada á todos al universal punto de reunión de la eternidad.

Ved ahí la señal que siempre y en todas partes ostentará sobre su frente la verdadera religión de los pueblos fraternales, la señal característica y verdaderamente reservada, la señal de la universalidad.

Después de esto, ¿qué venis á hablarme de culto nacional, de religión nacional, de Iglesia nacional?... ¡Ah! Os burlais á la vez de la religión y de la nación, ó no sabeis lo que os decís. ¿Nacional?... ¡Ah! decía elocuentemente un joven defensor de la Iglesia, muy temprano arrebatado á su defensa (1), “es muy poco una nación para el gran corazón de Dios;” corazón tan grande, en efecto, que no es demasiado para él abrazar á la vez á todas las naciones. Id, borrada de la frente de vuestras religiones esa señal que da testimonio contra ellas. Religión nacional, Iglesia nacional: Iglesia anglicana ó germánica, sueca ó escocesa, rusa ó prusiana, esos nombres dicen lo que sois; fragmentos, partículas de la religión, ruinas, escombros, desecho. ¡Ah! Dejad ahí vuestras religiones de pedazos; dejad ahí esas ruinas, esos escombros, ese desecho. Miremos mas alto y mas lejos que todas las fronteras; reconozcamos y saludemos con amor la verdadera señal de la ciudad de Dios sobre la tierra: la universalidad. ¡Oh radiosa unidad! ¡Hace un instante podíamos ya saludar extasiados tu incomparable belleza; pero hé aquí que te presentas ahora mas divinamente bella y magnífica: hé aquí que te presentas con tu irradiación vasta como el espacio, permanente como la duración, grande como el género humano!

V.

Hay todavía una cosa, Señores, que perfecciona la belleza de la unidad y de la universalidad religiosa; una cosa que debe brillar cual pura estrella en la frente de la religión maestra del género humano; y esto es la *santidad*. Sí, la religión debe ostentar, mas brillante aun que todas las demás, esa señal de su misión divina y de su divina correspondencia con las aspiraciones mas nobles y mas generosas de la humanidad.

¿Cuál es la soberana misión de la religión entre los hombres? Acelerar su progreso sobre la tierra para consu-

(1) El Abate Perreyve muerto recientemente tan joven y tan llorado por los amigos de la Iglesia y de la Francia.

marlo en el cielo. Ahora bien, la condicion fundamental del progreso sobre la tierra y de su perfeccionamiento en el cielo, es la marcha en el bien, es el progreso en la virtud; y el progreso en la virtud, la virtud elevada á una cierta potencia de grandeza y de heroismo, es la santidad misma. La religion, pues, para llenar su mision sobre la tierra, debe producir la santidad; debe crear sin cesar, en proporciones diversas, esa legion de verdaderos héroes, que marcha realmente á la cabeza del género humano, la legion de los santos. Es preciso á lo menos que con sus influencias, latentes á veces, pero siempre eficaces, cree en las generaciones vivientes ese conjunto de virtudes necesarias á la vida moral de los pueblos, pan cotidiano, sustancial alimento de las sociedades que no quieren morir. Ahora bien, para crear virtudes es menester que se tenga su gérmen, y para crear santos es preciso ser santo uno mismo: y aquí la Religion, esa madre fecunda de todas las virtudes y todas las especies de santidad, está sujeta á las leyes generales de toda generacion: todo ser engendra su semejante. Diremos, pues, á la religion que se presente para conducir al género humano á la grandeza de sus destinos, lo que deciamos no há mucho á los inventores de la moral independiente: ¿Dónde están las virtudes que creais, dónde la santidad que producís?

La santidad, Señores; pero ¿qué pedimos á la religion cuando queremos abrazarla, sino la santidad, y siempre la santidad? ¿Qué necesidad tengo de una religion si no es santa, si no promete darme la santidad? Si quiero atarme con todas mis inclinaciones á ese carro del vicio, que pasa y vuelve á pasar delante de mí, arrastrando en inmundo fango á generaciones deshonradas, ¿qué necesidad tengo de invocar, como compañera de mi vida, á una religion cualquiera, á no ser que sea esa religion de tantos hombres que no tienen otra, la religion del placer? Si no quiero ser justo, humilde, sumiso, casto, casto sobre todo, ¿para qué ligarme á una institucion religiosa? Yo soy esclavo de mis pasiones; todo grita en mí: ¡Atrás la religion que encadena mis pasiones!

Pero si quiero romper esos vínculos que me unen como cautivo á mi propia corrupcion; si he resuelto sofocar, ó por lo menos domar esos bajos instintos que me convidan á todos los oprobios y á todas las servidumbres; si, en fin, rompiendo el pacto degradante que me unia á mis pasiones, me vuelvo libre y sin cadenas, el corazon abierto y entrambos brazos extendidos, hácia la imagen de la santidad tantas veces ultrajada, gritándole: ¡Vuelve, vuelve á mí! ¡oh! entonces yo experimento la invencible necesidad de llamar á mí al mismo tiempo, al par que la santidad, la religion repudiada por mis vicios. Sí, Señores, entonces es cuando llamamos á nosotros con la mejor parte de nosotros mismos, la religion desterrada de nuestra vida prevaricadora: entonces es cuando le rogamos que venga á ayudarnos á levantar, con su mano divina, ese peso de corrupcion y ese inmenso fardo de debilidad, que á pesar del amor á la santidad resucitado de súbito, nos hace todavía inclinarnos á todas las bajezas y á todas las servidumbres..... ¡Ah! Es que algo nos grita, desde el fondo de nuestra vida humillada, que si podemos caer, y caer á los mas profundos abismos de la vida huyendo de la religion, solo la religion nos levanta; solo su mano es bastante fuerte para volver á colocar en el centro de nuestra vida la imagen de la virtud derribada por nuestros crímenes, y que solo ella nos devuelve nuestra legítima grandeza, volviendo á tomar sobre nosotros su legítimo imperio.

Así es que la imagen de la santidad, siempre entrevista aun á través de la sombra de nuestros vicios, se nos confunde con la imagen de la religion. Desde las sublimes cumbres donde mora, la religion nos muestra á la santidad circundada de su propia auréola; y á esta luz que nos la descubre embelleciéndola, reconocemos que la religion, á pesar de las manchas con que los hombres, por su depravacion, parecen muy á menudo ocultarnos su esplendor, es la religion de lo puro, de lo bello y de lo santo, porque es la religion de lo divino.

Así tambien, Señores, lo que atrae la aristocracia de las

almas hácia la religion, es sobre todo, no lo dudeis, el encanto incomparable de la santidad. Así como lo bello atrae á lo bello, así lo santo atrae á lo santo, ó por lo menos lo que aspira mas ó menos á serlo. ¿Quereis saber porqué todas las almas puras son naturalmente religiosas? Por esta razon, porque lo puro atrae á sí lo puro y porque la religion, desembarazada de la sombra humana, la religion es la pureza, la belleza, la santidad. ¡La santidad! ¡La santidad viviente, sobre todo! ¡Ah! ¿Quién no ha sentido un dia su encanto victorioso, iba á decir su celeste mágia, su divino hechizo? ¿Quién no ha estado alguna vez, una hora á lo menos, aun en su vida prevaricadora, bastante libre de la gravitacion de sus vicios para haber podido sentir sobre su alma la atraccion dulce, pero irresistible de una gran santidad? Quien ha sentido el golpe de este encanto omnipotente, sabe, para no olvidarlo jamás, porqué la religion debe ser santa: debe ser santa para atraernos, así como debe atraernos para llevarnos á Dios, es decir, al centro eterno de la infinita santidad.

Y ¡cosa notable! aquellos mismos que hacen la guerra á la religion, aquellos mismos que sienten hácia todo lo que es religioso, una repulsion cuyo misterio explican sus vicios, sí, esos mismos rinden á la santidad de la religion el testimonio de sus almas; testimonio tanto mas decisivo y tanto menos sospechoso, en cuanto es el testimonio del enemigo, y muchas veces el testimonio de la depravacion rendido á la santidad que condena sus vicios. ¿Qué piden, en efecto, los enemigos de la religion á toda persona que la representa con un carácter, una dignidad, una mision cualquiera tocante á las cosas religiosas?..... Piden, exigen una santidad, una integridad, una pureza de que ellos mismos no son capaces. Desórdenes, licencias, hábitos de que ellos no saben siquiera avergonzarse por su propia cuenta, ¿qué digo? mucho menos que todo esto, debilidades vulgares tales como se encuentran en todos los hombres, los escandalizan, los indignan, les repugnan en el cristiano y sobre todo en el sacerdote; y cuando mucho, permiten á los

hombres del santuario, el que muestren, ante su severidad implacable, algunas señales de su humana naturaleza: prueba invencible de que para ellos, como para todos, sacerdote quiere decir santo, y religion significa santidad.

¡Oh religion, oh religion! No sin razon en todas partes te han dado los pueblos el nombre de santa: es que siempre y en todas partes la humanidad, con todo lo que hay en ella mas santo, saluda en tí la santidad como tu mas bella corona. Así tambien, lo que queremos ver en tí, lo que buscamos invenciblemente en tí, es la santidad; no una santidad cualquiera, sino una santidad reservada, total, completa; aunque estemos corrompidos queremos una religion toda pura y verdaderamente inmaculada, inmaculada en la doctrina, en la legislacion, en el culto, en los sacramentos, en las costumbres. Sí, una doctrina virginal, sin contacto con el mal, para que deposite en las almas la raiz de la santidad; una legislacion sin mancha, para que impulse á todas las almas hácia el ideal de la santidad; un culto sin manchilla, para que fecunde con todas sus influencias la flor celeste de la santidad; en fin, costumbres puras y santas, frutos naturales de la pureza y de la santidad que habitan en tí y emanan de tí: hé aquí lo que buscamos y lo que queremos encontrar en tí, ¡oh santa religion, oh divina maestra de nuestra humanidad! Así es que, cuando te presentes delante de nosotros con ese carácter que debe señalarte al mundo: ¡oh! entonces te reconoceremos en esa señal que no miente; te saludaremos con amor y con gozo, y exclamaremos: ¡Ella es; es la verdadera religion, es la legítima maestra de la humanidad, porque es la santa!

¡Vedla ahí, Señores, la única religion digna de marchar á la cabeza de los pueblos: vedla ahí tal como la invocamos; vedla con su vitalidad que se revela por la triple señal de su movimiento espontáneo, de su inalterable juventud y de su inagotable fecundidad; vedla con su organizacion, condicion de su vitalidad que se manifiesta en su forma y en su constitucion social: vedla con su unidad, condicion ne-

cesaria de su organizacion y de su vitalidad: vedla con su universalidad, triple irradiacion de su unidad, en el tiempo, en el espacio y en la humanidad: vedla ahí, en fin, en su celeste belleza dándose á reconocer siempre y en todas partes por el esplendor de su santidad!

¡Ah! Si en verdad nos es dado encontrar sobre la tierra una institucion religiosa que ostente sobre su frente no una, sino todas estas señales á la vez, componiendo con su armonía su incomparable figura; y sobre todo, si con todas estas cualidades que la distinguan, y con todos estos rayos que la iluminen, llegamos todavía á descubrir, á través de su historia, una señal que sirva de complemento á todas las demás y sea mas decisiva aun que todas, la señal verdaderamente suprema, quiero decir, la *eficacia*; una eficacia que no se desmienta jamás, una eficacia secular, una accion histórica que corresponda con el esplendor del hecho consumado á la grandeza de la vocacion que le reconocemos; si, con la antorcha de su propia historia alumbrada por su verdadera luz, se nos demuestra, con la evidencia misma de las cosas, que todos esos progresos cuyo enigma queremos descifrar hace tanto tiempo, los ha llevado á cabo esta religion, que ha ayudado al menos á realizarlos con toda su influencia, y que á todos los que no ha realizado ella misma les ha impedido el que se corrompan y se vuelvan contra la humanidad; si percibo que, apoyada en la firme base del progreso moral, su obra propia y fundamental, se eleva á la altura de todos los demás progresos; si la industria y la economía, la sociedad pública y la sociedad doméstica, la filosofía, la ciencia y el arte, aparecen á través de su historia, fecundados, elevados y engrandecidos por su soplo poderoso: ¡oh! entonces, Señores, podremos decir mejor que el filósofo al llegar á la solucion de un problema de órden secundario. "La he encontrado." ¡Ah! Es que al llegar ahí, en efecto, á fuerza de trabajo tenaz y de lucha paciente, hemos alcanzado la solucion del problema mas complicado, mas vasto, mas elevado y mas profundo que se agite en nuestro siglo. Es que entonces,

paseándonos bajo los vastos pórticos y á través del brillante peristilo de ese edificio construido por la mano del divino arquitecto, y sobre todo, contemplando las maravillas de todo género acumuladas en su inmenso recinto, podremos exclamar: ¡Gloria á Dios; hemos encontrado la verdadera ciudad del progreso de las naciones! ¡Hermanos! Quedaos aquí; aquí es el verdadero templo del progreso; mi Dios lo ha construido á propósito para que sea á la vez la gloria de nuestra raza y la gloria de su nombre. Permaneced aquí en este sagrado pavimento; porque solo aquí se resuelve con una luz incomparable ese enigma tras el cual corremos de tinieblas en tinieblas. ¡Hijos de este siglo que camina fatigado y sin aliento en busca del progreso! ¡Sí, es bueno que esteis aquí; porque aquí el progreso humano empieza y crece sobre la tierra, para consumarse un dia en las glorias y los resplandores del cielo!

